

“La naturaleza ha introducido una gran variedad en el paisaje, pero el hombre ha mostrado pasión por simplificarlo. De este modo, deshace los controles y equilibrios incorporados por los cuales la naturaleza mantiene a la especie dentro de sus límites”.
Rachel Carson, Primavera silenciosa, Edición crítica, 1962

HACIA UNA ECOLOGÍA EN INTERSECCIÓN

El posicionamiento distanciado del ser humano, en su manera de habitar, de los ciclos de la biosfera y su elevación sobre el resto de formas de vida, han contribuido a un proyecto civilizatorio que ahora nos confronta críticamente a nuestra capacidad de supervivencia, así como a nuestra propia naturaleza como especie. Bajo la promesa del progreso, los mecanismos de desarrollo tecnológico, extractivismo, escalabilidad y dominación han llevado a la generación sistemática de desajustes irreversibles para el planeta. Timothy Morton argumenta que la ansiedad por el intento de ocultar y minimizar nuestra condición salvaje ha derivado en una ansiedad mayor. “Los pesticidas han provocado la muerte de las abejas, generando un colapso agrícola” (Dónde viven los monstruos, Más allá de lo humano, Bartlebooth, 2018).

Según el filósofo e investigador Baptiste Morizot (*Manières d'être vivant*, Actes Sud, 2020), algo pierde su consistencia ontológica cuando deja de ser entendido como un ser por derecho propio que cuenta en la vida colectiva. Su planteamiento de la crisis ecológica lo hace en términos de crisis de la sensibilidad: hemos empobrecido nuestra capacidad afectiva, perceptiva y cognitiva hacia lo no humano y los ciclos que nos vinculan con ello. No hemos sido capaces de construir una sensibilización comprometida con las nociones de variedad y diversidad biológicas, reduciendo nuestra relación con los ecosistemas al control, a la instrumentalización, la productividad o, en última instancia, a la contemplación.

Aunque habitamos un entorno construido, tendemos a subestimar, olvidar y descuidar la complejidad de las especies vivas que también lo habitan. Desde hace tiempo, algunas tipologías tradicionales, inexactitudes arquitectónicas o intersticios de nuestras construcciones envejecidas han venido ofreciendo un refugio apropiado para multitud de organismos. Antiguas murallas, ruinas o lugares sin carácter definido albergan a menudo una flora y fauna raras o denostadas que representan un valor ecológico espontáneo. Ciertas viviendas vernáculas nos recuerdan nuestra olvidada interdependencia con otras especies donde el calor de los animales ayudaba a calentar los espacios domésticos de las familias campesinas o la presencia de aves en los aleros de cubiertas proporcionaba un equilibrio de las plagas.

No obstante, en la actualidad, los procesos de construcción, transformación y renovación urbanos, impulsados y guiados, en la mayor parte de los casos, por los intereses del mercado, nos conducen a una omisión de la cuestión ecológica a fin de evitar esa posibilidad de conflicto. Las ciudades han sido concebidas de forma que se establece una demarcación prudencial entre los humanos y el resto de formas de vida, apelando a razones de decoro, sanitarias o de confort. Éstas suponen, debido a ello, desiertos para la biodiversidad que alejan cualquier beneficio de posibles alianzas y son abocadas a un languidecimiento post-natural. Llegados a este punto, convendría entender la arquitectura no solamente como la forma espacial de una construcción en el tiempo, sino, además, como el conjunto de tensiones, vectores y potencialidades que surgen de la relación, la intersección entre el ser humano y el medio.

“Habitar no es reivindicar un lugar, sino entrar en conflicto, aprender a co-habitar y compartir recursos con el resto de la biosfera”, nos recuerda Philippe Simay. Este, a su vez, establece tres principios para la co-habitación: vivir fuera, sin separar claramente lo interior y lo exterior; hacer espacio a lo vivo, a partir de la invitación; y aprender a hacer conjuntamente, atendiendo a las necesidades de otros seres en relación interespecífica, pero sin establecer el beneficio como un fin en sí mismo. Al hilo de esto, cabe resaltar la aproximación de Anna L. Tsing que nos acerca a las ecologías basadas en la perturbación, allá donde en ocasiones, “numerosas especies viven juntas sin que exista armonía ni conquista.” (Anne L. Tsing, *La seta del fin del mundo*, Capitán Swing, 2021). Esbozamos una invitación a lo ecológico en su intersección con lo existente, que no atienda a la producción de resultados medibles e inmediatos, sino que, de manera especulativa, pueda contribuir a establecer vínculos de mutuo entendimiento incluyendo nuestra posición en el seno de lo vivo.

Con filosofía no hay árboles: hay solamente ideas.[...]
Ahí no hay sino todo el mundo afuera;
Y un sueño de lo que se podría contemplar si la ventana se abriera,
pero que nunca es lo que se ve al abrir la ventana.

Poemas inconjuntos de Alberto Caeiro, Fernando Pessoa, Abada editores, 2011

HISTORIAS DE UNA VENTANA ABIERTA

A raíz de estas observaciones, se proponen dos proyectos paralelos que buscan iniciar investigaciones sobre cómo relacionar el habitar y el medio a través de posibles transformaciones de paradigmas constructivos y arquitectónicos. Desde una perspectiva inclusiva y empática, se plantea una colaboración de saberes en un espacio intersticial de lo construido. Esa colaboración, que opera a través de la diferencia, busca el trazado de posibles alianzas con los seres vivos con los que compartimos el entorno. Como planteamiento experimental se pretende lanzar actuaciones estratégicas en el tiempo, iniciar procesos sin objetivos finales claros, y abrir la puerta a los interrogantes en clave de diálogo.

En lugares estratégicos de la envolvente de dos edificios elegidos AZ Alhóndiga en Bilbao (Festival Prototipoak 2021) y La Rasude en Lausanne en Suiza (Résidence Bivouac 2021) se instalan sendos dispositivos tampón entre el “exterior” e “interior”. Su límite, ahora abierto parcialmente, aporta una mayor porosidad y generosidad. Ambos consisten en una estructura metálica que interactúa con un elemento concreto de esa envolvente. Una ventana de la fachada del edificio centenario de la institución (posición horizontal) y un lucernario de cubierta sobre un muelle de descarga de camiones (posición vertical) respectivamente. Los puntos de contacto que aparecen permiten nuevas áreas de encuentro, lugares de asociaciones entrelazadas, nuevas zonas de vida entre el interior y el exterior y puentes con todos los seres vivos. Se desmontan física y conceptualmente la dureza y compacidad de los elementos arquitectónicos: se abre un espacio de intersección para la vida.

Sobre los dispositivos son programadas e instaladas una serie de acciones guiadas por el saber de expertxs en campos de la biología, las ciencias humanas o el arte con el fin de iniciar un micro ecosistema. Durante los meses de verano, diversas especies de plantas locales son invitadas a coexistir generando una relación de interdependencia. Las especies, cuyo crecimiento es complementado con un sistema de riego por goteo controlado regularmente para evitar desajustes hídricos, son elegidas en función de su estacionalidad, su compatibilidad, su capacidad de resistencia, su interés nectarífero, sus frutos o su floración. En suma, se construyen unos nidos para vencejo común (*Apus apus*), una especie migratoria tradicionalmente ligada a la vida de las ciudades Europeas que está amenazada debido a la desaparición de lugares de anidamiento. Como última acción, se inicia un cultivo de seta ostra (*Pleurotus ostreatus*) a partir de micelio inoculado y restos de materia orgánica. La voluntad de incluir tres reinos de la biología va de la mano de abrir las acciones y su potencial experimental a un dominio de mayor amplitud.

Durante el tiempo de testeo de los dispositivos, los componentes se desarrollan generando varios momentos imprevistos y obligando a un seguimiento y un calibrado constante de las actuaciones. La aparición espontánea de algunos insectos en los interiores de los edificios, el vertido del goteo, el desbordamiento de las plantas o la interferencia con los usos, suponen factores a atender que obligan a los humanos a tomar posición como agentes del conjunto vivo. Los procesos de seguimiento, cuidado, estudio y apoyo a las especies son combinados con acciones programadas de corte educativo y performativo que ahondan en la noción de inmersión en lo ecológico. El zapatero (*Pyrrhocoris apterus*), un insecto cuya relación directa con el ser humano en la ecología es

indeterminada, es invitado simbólicamente a venir a través de un evento intergeneracional de danza y poesía que pone en valor lo innecesario de la eficiencia en términos de la productividad o el beneficio.

Esta convivencia temporal nos enseña valores que nos hacen reflexionar sobre nuestra condición de agentes sensibles, dependientes, vulnerables y en relación con otros. Por una parte, nos acerca a la noción de imprevisibilidad como factor conductor en las relaciones interespecíficas. Los seres vivos actúan entre sí en función de, entre otros, sus ritmos propios, sus alianzas o las condiciones climáticas, y nuestra participación dentro del conjunto debería realizarse en clave de acompañamiento a partir de la observación. Por otra parte, extraemos que los tiempos no se corresponden con los que manejamos en nuestras sociedades contemporáneas, algo que interpretamos como una llamada a la desaceleración como condición para conectarnos con un compromiso claro con lo vivo.

Desde la concepción de la arquitectura, y haciendo mención a la definición previamente enunciada, descubrimos la urgencia de incluir, como integrantes activos del diseño y la ejecución, a expertxs en saberes en relación con la biología (ornitología, botánica, micología, entomología...). Desde este planteamiento se apuesta por una forma de construir que indague en la producción de materiales, sistemas, pieles o estructuras que permitan que la convivencia pueda ser real y comprometida. Frente a los retos climáticos de nuestro tiempo, nos resulta imprescindible proponer caminos experimentales que se abran a nuevas alianzas con todos los seres vivos con los que compartimos el medio; formas para un re-empoderamiento de nuestras ciudades y que caminen hacia una nueva ecología en intersección con lo existente.

Diego Sologuren

Broadwindow

Diego Sologuren+Sébastien Tripod

Azkuna Zentroa – Alhóndiga Bilbao

Prototipoak. Bienal Internacional de Nuevas Formas Artísticas

Bilbao 2021

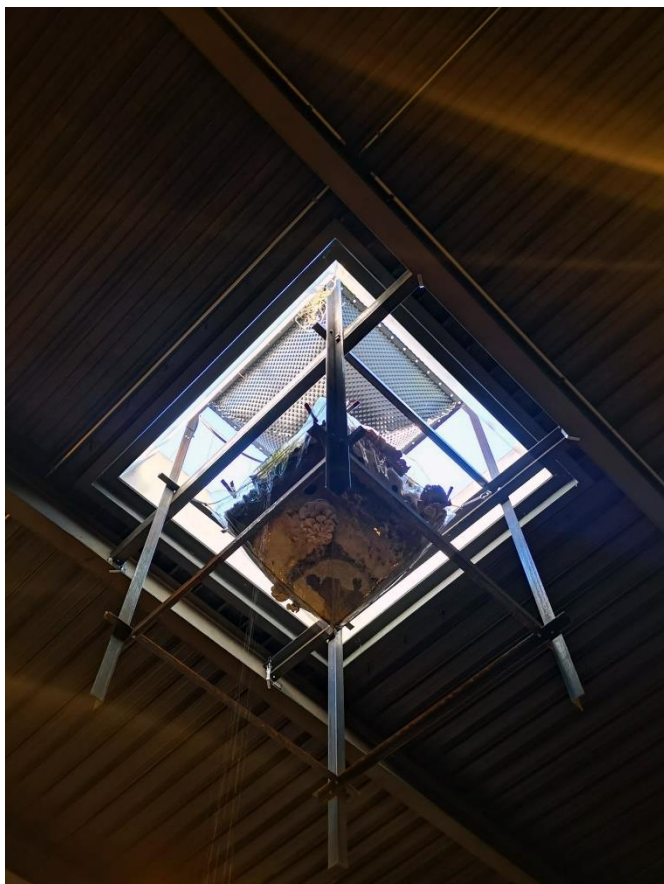


Fotografía: Azkuna Zentroa – Alhóndiga Bilbao

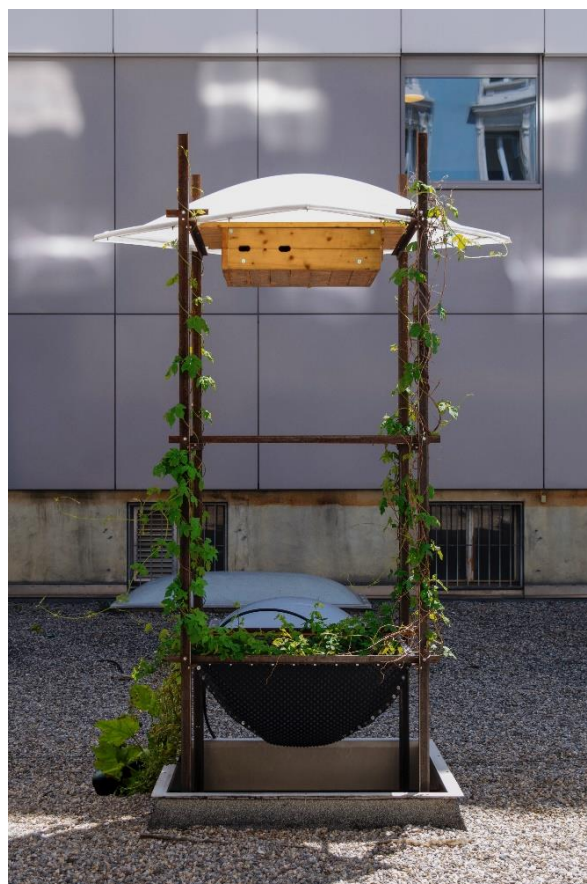


Fotografía: Azkuna Zentroa – Alhóndiga Bilbao

Stratologique
Diego Sologuren+Sébastien Tripod
La Rasude
Résidence Bivouac
Lausanne 2021



Fotografía: Diego Sologuren



Fotografía: Carlos Mangado

DIEGO SOLOGUREN:



Diego Sologuren, arquitecto de formación, explora los límites entre el habitar y lo performativo a partir de la intervención sobre lo construido. Desde lo fragmentario, con un enfoque deliberadamente poético, y en diálogo con otras disciplinas, su trabajo busca el cuestionamiento crítico de la norma generando interrogantes en torno al territorio, la acción, la memoria y la ecología.

Ha desarrollado su actividad a nivel internacional colaborando con equipos de gran reconocimiento. En 2011, finalizados sus estudios, inicia su actividad profesional en Marsella. Durante los años 2014-16 trabaja para el arquitecto de Burkina Faso, radicado en Berlín, Francis Kéré, quien obtiene el premio Pritzker 2022. Esta experiencia, entre africana y europea, le hace entrar en contacto con una particular manera de entender la arquitectura y el diseño: honestidad, economía de medios y austeridad. En 2017, participó en la exposición de la primera Bienal de Arquitectura Mugak en Euskadi como uno de los finalistas del premio Ganchegui. En 2020, es galardonado en la convocatoria de Future Architecture Platform con su proyecto Manifesto for Unexpected Architectures y tiene la ocasión de realizar, entre otros, la exposición para la Trienal de Arquitectura de Lisboa. En 2021 obtiene una mención especial en el concurso de arquitectura y urbanismo European con una propuesta de desarrollo urbano para la municipalidad de Haugesund en Noruega. Combina su actividad con la docencia e investigación en el seno de universidades e instituciones de manera regular.